

SANTIAGO de Chile, al asumir, en 1970, la Unidad Popular un grupo de 144 sociedades anónimas —en un total de 35.000 industrias de todo tipo— concentraba en sus manos el 50 por 100 del capital invertido en la manufactura chilena. Estudios especializados de varios economistas (entre ellos el actual subsecretario de Economía, Oscar Garretón) y organismos vinculados a facultades universitarias (CESO, de la Universidad de Chile; CEREN, de la Universidad Católica) revelan, sobre estas cifras, un altísimo grado de concentración monopolística que cubre todos los rubros de la industria. Un estudio realizado por la Facultad de Economía de la Universidad de Chile demostraba, por ejemplo, en 1971, que aun considerando únicamente las sociedades anónimas (vale decir, las empresas más poderosas), en un conjunto de 833 unidades, apenas 227, el 25 por 100, acumulaban en sus manos, según datos de 1968, el 82 por 100 del capital, el 80 por 100 de los activos totales y un porcentaje de ingresos brutos por explotación (76,33 por 100) que superaba las tres cuartas partes de las utilidades brutas de todas las sociedades anónimas del sector industrial.

Los diez clanes

El mapa no se completa, sin embargo. Estas 227 firmas (que algunos elevan a 254), o aun las 144 mencionadas antes, mantienen entre ellas, según lo revelan sus listas de accionistas, tal relación de entrecruzamiento, que ya desde 1965, y aun años antes, un investigador (Ricardo Lagos, profesor de la Universidad de Chile y autor de una obra ya clásica sobre el tema: «La concentración económica») delataba que apenas un cerrado grupo de diez clanes, estrechamente relacionados entre ellos, manejaban no sólo la manufactura, sino la casi totalidad de la actividad productiva en Chile.

Estos diez grupos (que otros amplían a once, agregando financieros surgidos bajo el régimen democrata-cristiano, pero enlazados también a los clanes tradicionales) manejan de hecho los directorios de todas (con la excepción de las empresas ciento por ciento extranjeras, diez en total, contando sólo las grandes manufacturas) las grandes sociedades anónimas del sector fabril. «No siempre dominan un porcentaje alto de acciones —dice un investigador—, algunos no pasan del 15 ó 16 por ciento; sin embargo, ningún otro accionista alcanza esa cifra y así logran copar los puestos del directorio».

Un ejemplo de este mecanismo lo ofrece el área textil (estatizada en gran parte hoy), donde los grupos dominantes —el clan Yarur y el grupo Saiz-Hirnas— controlaron más de veinte grandes empresas con porcentajes, algunas, inferiores al 20 por 100 de las acciones. Otros grupos familiares, menos especializados que estos dos (de procedencia árabe, constituyeron un verdadero imperio textil, aparentemente bicéfalo, pero de intereses intermezclados), opera todavía con el mismo mecanismo. Es así como, por ejemplo, el grupo Alessandri-Matte, vinculado al Banco Sudamericano, que aún no está completamente estatizado, extiende su influencia a 82 sociedades anónimas, grandes y medianas, que van desde monopolios madereros y papeleros hasta industrias metálicas, químicas, cementeras, etcétera. En cada industria importante, además de aquellas como la Manufactura de Papeles y Cartones (produce el 91 por 100 del papel y es una de las dos compañías, entre las 23 más grandes del país, que aún no han podido ser intervenidas por el actual Gobierno), donde posee control casi absoluto, mantiene un paquete mínimo necesario para colocar sus representantes en el directorio.



Mina de cobre a cielo abierto.

ECONOMIA

LOS MONOPOLIOS EN CHILE

Yarur, clan Edwards...

Cada vez que un clan ha comenzado a extender sus campos de acción, el síntoma de reconocimiento —que naturalmente no es simplemente efectivo— por parte de los núcleos más tradicionales (Edwards, Alessandri, Menéndez-Braun, de Punta Arenas, Bulnes), consiste precisamente en este cruzamiento de intereses. Yarur, por ejemplo, operando a través de un Banco relativamente reciente y hoy intervenido por el Estado-Crédito e Inversiones, muestra desde 1962 saludables índices de prosperidad. En esa fecha mantenía relaciones financieras con sólo dos clanes; los Alessandri-Matte, a través del Banco Sudamericano, y el multigrupo vinculado al poderoso Banco Chile, el más grande del país y todavía con más de un 60 por ciento de control de grupos privados (el Estado posee cerca del 33 por 100 de las acciones, desde que iniciara en 1971 el proceso de estatización bancaria). En 1970, Yarur, además de haber aumentado el volumen operativo de su Banco hasta ocupar el tercer lugar, en 1968, respecto a los depósitos que controla (junto a otros dos Bancos menores, manejados por miembros de su multiplicada familia, hasta pasar en 1971 al área estatal), en 1970 extendió su campo de acción no sólo a once compañías de su especialidad, el textil, sino a industria química, plásticos y empresas pesqueras, todas consideradas dentro de las ramas respectivas como dominantes. En total, el clan —que se iniciara en 1937— llegó a abarcar, según cifras de 1970, el 3,4 por 100 de las inversiones globales de la industria.

Otro grupo, más reciente aún, donde se advierte con más nitidez este fenómeno es el llamado «clan de las pirañas», vinculado hasta 1971 al Banco Hipotecario fundado durante la administración democristiana de Frei, y hoy integrado al área estatal.

Formado por un grupo de empresarios de gran preparación técnica (casi todos con «masters» en Universidades norteamericanas), este núcleo, al revés que casi todos los demás, no mantiene entre sí relaciones familiares ni muestra, salvo el caso del financiero y empresario, Carlos Vial Espantoso, un líder único. En pocos años el grupo «de cerebros», como los bautiza alguna prensa, desarrollan su campo de acción al punto de disputarle a los

grupos más poderosos la hegemonía en industrias estratégicas. En menos de ocho años logran, por ejemplo, dominar el directorio de la poderosa Compañía Sudamericana de Vapores (una de las 23 empresas con más de 200 millones de escudos de capital y aún no estatizada), las principales industrias de la llamada «línea blanca» (bienes de consumo duradero), la industria azucarera más importante (CRAV), una compañía petrolera, COPEC, amén de ocupar cargos directivos en el Banco de Chile, el organismo crediticio más poderoso del país. Considerado el sector monopolista más dinámico, este núcleo está hoy casi a la altura de los dos grupos familiares más poderosos: los Alessandri-Matte y los Edwards.

Naturalmente, en él como en los otros dos, el entrecruzamiento con el capital extranjero es más palpable, pese a que afecta también a todos los grupos dominantes, sobre todo durante el pasado sexenio, en el cual las inversiones norteamericanas en la industria aumentaron en proporciones superiores al 110 por 100.

Pero sin duda, donde más nitida es la intervención norteamericana en la industria es en el poderoso imperio financiero-industrial Edwards. (Su hijo, Agustín Edwards, ex-director del diario «El Mercurio», presidente de la SIP hace dos años y director hasta 1970 de once sociedades anónimas, ocupa hoy en Estados Unidos, donde huyó luego del triunfo electoral de la Unidad Popular, el cargo de vicepresidente de la Pepsi-Cola internacional.) Los Edwards poseen en forma absoluta once sociedades, aunque extienden su influencia a un total de 60 empresas, ubicadas en todas las ramas de la industria. Sus inversiones, en la manufactura solamente, alcanzan el 6,32 por 100 de la inversión global; domina en el campo editorial, en la industria de bebidas con dos empresas —una de ellas, dominante en un 64,4 por ciento dentro de su ramo, está hoy intervenida por el Estado (Compañía de Cervecerías Unidas)—, en gran parte de las compañías de seguros, en industrias alimentarias, aceites, una compañía pesquera, etcétera. En casi todas ellas opera la Financiera IBECH, que pertenece en un 66,6 por ciento a la International Basic Economy Corporation, perteneciente al supergrupo norteamericano de Rockefeller. «Mediante este fondo —señala un especialista— numerosas empresas

chilenas pudieron ser nucleadas por inversiones norteamericanas», procedentes precisamente de este grupo.

En 1969, aseguran investigadores, la IBECH cubría casi todos los rubros de la economía chilena, desde alimentos y agropecuarios hasta metalurgia, química, etcétera. Los grupos más poderosos se asociaron con sus inversiones en la década del 60 al punto que, al finalizar, toda la estructura de poder en la industria ofrecía el complejo entrecruzamiento que revelan los datos aquí mencionados. Un investigador del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, Gabriel Gasc, señala al respecto, en una investigación efectuada entre 1970 y 1971, como rasgos característicos de la industria chilena: su alto grado de concentración, y entrelazamiento y la estrecha alianza con el capital extranjero.

Respecto a la intervención de capital foráneo, el mismo estudio y otros proporcionan antecedentes. En el ramo de alimentos, 12 compañías, señaladas entre las empresas dominantes dentro del ramo, tienen más de un cincuenta por 100 de capital extranjero, y cinco, con un 20 a 49 por 100. (Entre ambos grupos están PURINA, con un 80 por 100, y el resto del clan Edwards, cinco con un 100 por 100, y CRAV, del llamado grupo «pirañas», con un 40,4 por 100).

En bebidas, ocho sociedades pertenecen en más de un 50 por 100 a capitales extranjeros; en tabacos, un total del 60,1 por 100; en calzado, dominan dos empresas (CATECU y SOINCA) ciento por ciento extranjeras; en metalurgia, 17 firmas grandes son extranjeras en una proporción superior al 60 por 100; en química, el 44,2 por 100 de todas las inversiones del sector pertenecen a financieras extranjeras.

Política de la Unidad Popular

Desde el 4 de noviembre de 1970, el Gobierno de la Unidad Popular, el poder desde aquella fecha, inicia un programa contra este concentrado poder económico. En líneas gruesas, su política consiste en integrar en un área-social, controlada por el Estado, al menos 144 de estas empresas dominantes reseñadas arriba.

Mecanismos: intervención por irregularidades descubiertas; confiscación de sus productos; o bien, compra de sus acciones por organismos dependientes del Ministerio de Economía. Hasta la fecha, un total de 79 empresas han sido integradas, parcial o totalmente, al área del Estado (social).

Frente al número de empresas monopolísticas, representa, sin embargo, un 25 por 100, aunque en la práctica han sido estatizadas ya veinte, entre veintitrés, grandes empresas con capitales superiores a los 200 millones de escudos (unos 250 millones de pesetas). Asimismo los grupos monopolísticos han visto reducidos su campo de acción con el proceso de estatización bancaria iniciada en 1971. Hasta entonces, los Bancos fueron sus principales centros de operación, desde donde distribuyen créditos —también monopolizados— y dirigieron todo el mundo financiero al servicio de sus empresas.

Sin embargo, gran parte de su poder está aún intacto, mientras movilizan, en el plano político, a sectores parlamentarios vinculados a sus intereses (muchos diputados y senadores de la oposición son justamente representantes de los clanes en diversos directorios de sociedades anónimas, o bien abogados, ex-gerentes, etc.).

Sea cual fuere el resultado del debate parlamentario en este momento, la política antimonopolística tiene ante sí todavía un largo trecho que recorrer, y a juzgar por los acontecimientos de este período, con batallas cada vez más duras. ■ LUIS IGNACIO LOPEZ.